

JESÚS ANTONIO COVA

Tema: "Gil Fortoul, el escritor y el hombre".

9 de diciembre de 1943

"Si alguien quiere ocuparse de mí, yo pido que sea de una manera verdadera y justa. Me volvería gustoso desde el otro mundo para desmentir al que me formase distinto de lo que yo fui, aunque lo hiciera para ennoblecerme."

MIGUEL DE MONTAIGNE

Honorables Académicos:

Con absoluta sinceridad confieso que me siento verdaderamente emocionado al hablaros desde esta áurea tribuna de la muy Ilustre e inmortal Universidad que hace más de dos siglos fundaran Don Felipe V e Inocencio XIII, y, ayer como hoy, *alma mater* de Venezuela, para incorporarme como Individuo de Número, de esta muy docta Academia Nacional de la Historia. Ya antes, y por unanimidad, vosotros, señores Académicos, me habíais nombrado Miembro Correspondiente, como estímulo a mi modesta labor intelectual; pero ahora habéis pasado los límites de la generosidad, al designarme para ocupar el sillón que ilustró por largos años la robusta y lúcida mentalidad del doctor don José Gil Fortoul. Y tanto más queda comprometida mi gratitud con los honorables Académicos que me favorecieron con sus votos en esta elección —que sin vanidad y sin necio orgullo no juzgo ciertamente inmerecida— ya que así iban a brindarme oportunidad para hacer, desde este altísimo sitio, pulpito de nuestro antiguo Seminario Tridentino, el elogio público de ese ciudadano eminentísimo —*varón estético*, le habría llamado Platón— unido a mí por estrechos vínculos espirituales, y quien por más de cincuenta años de intensa, agitada y fecunda vida intelectual, estuvo señalando, en acción y pensamiento, orientadores rumbos a la República.

Desde mis años mozos me unió a don José Gil Fortoul, la más rotunda admiración. Allá en mi lejana y cálida tierra cumanesa, a través de periódicos y revistas, en la aurora de los veinte años, comencé a familiarizarme con su vida y con su obra. Después principió a seducirme su mundana elegancia de escritor y el original desenfado con que exponía ideas, teorías y sistemas en ciencias políticas, históricas y sociales.

Con los años fue creciendo mi devoción y afecto al gran escritor, y al correr de los días, en esta misma Caracas, superficialmente encantadora, me tocó compartir con él una recia labor intelectual desde las columnas de un expectante diario político. Allí me cupo la alta honra, por expresa voluntad suya, de sustituirle en la Dirección, y también me toca, ahora fatalmente, por uno de esos extraños mandatos del Destino, venir a sucederle en esta Academia.

Nació el doctor don José Gil Fortoul en la ciudad de Barquisimeto el 29 de noviembre de 1861.¹ En su ascendencia se mezclaron franceses y criollos venezolanos con

¹ Según unos nació en El Tocuyo, y según otros en Carache. En el volumen *Who's Who in Latin America*, de ALVIN MARTIN, se afirma que nació en El Tocuyo en 1862; pero el propio doctor Gil Fortoul confesó a Cova, repetidas veces, haber nacido en Barquisimeto, en la calle Libertador, en la fecha arriba indicada. Sin

algunos injertos de indios *jiraharas*. Su padre, el doctor José Gil, fue personaje de cuenta en la famosa Convención Nacional del año 58, y en los días trágicos de la Guerra Federal, caudillo y hombre de presa. En un ambiente de inquietud revolucionaria y de luchas partidistas crecía e iba formándose este gran venezolano. Entre Barquisimeto, Carache y El Tocuyo, trascurrieron sus primeros veinte años; pero fue en la ciudad de Juan de Carvajal, donde se aquilató su primera formación intelectual, en los claustros severos del colegio "La Concordia", regentado por el civilizador larense don Egidio Montesinos. Allí, a los dieciocho años, según propia confesión, comenzó a leer en lengua original a Julio César, Lucrecio y Publio Ovidio Nasón.

En Barquisimeto, en 1879, publica su primer libro: *Infancia de mi Musa*, que con dedicatoria especial suya, único ejemplar que poseía en su Biblioteca, conservo como oro en paño. Este, su primer libro es un poemario en el cual se reflejan ya, la inquietud intelectual y el snobismo seductor que en lo adelante caracterizarán su vida y su obra.

Infancia de mi Musa, "mira rosa" de su juventud, es un verdadero caleidoscopio, y en la diversidad de citas y epígrafes de poetas nacionales y extranjeros, historiadores, biólogos y hasta astrónomos, está ya presente en su literatura aquel espíritu universalista que dio fisonomía inconfundible a su brillante y pintoresca personalidad.

Cuando aún no ha cumplido los veinte años —principios de 1880— funda y redacta en El Tocuyo un semanario minúsculo de acentuadas tendencias revolucionarias: *El Ciudadano*, que en la parroquia parece tener visos de un nuevo *Amigo del Pueblo*. De este semanario apenas se publican dieciséis² números y en sus editoriales ya comienza a perfilarse el futuro gran escritor.

A mediados de ese mismo año, concluidos sus estudios de bachillerato, viene a Caracas para ingresar en nuestra Ilustre Universidad Central, y cuatro años más tarde, se incorpora a la Facultad de Ciencias Políticas.

Aquí bien cabe una anécdota que muchas veces le oí repetir: había pedido a su padre, días antes de salir de El Tocuyo, algunas cartas de recomendación para sus amigos de Caracas; el padre prometió al hijo complacerle. Un día antes de la partida volvió el hijo a recordarle su ofrecimiento, a lo que el padre respondió que ya las cartas estaban escritas. Cuando montaba la muía que debía conducirlo a Barquisimeto, volvió a reclamar por última vez sus cartas de recomendación. El padre, con sonrisa maliciosa, hurgó entonces en sus bolsillos, y abrazando a su hijo, puso en sus manos una bolsita conteniendo cuarenta relucientes onzas de oro. "—Con esta recomendación —le dijo, abrazándole otra vez— se te abrirán, hijo, todas las puertas de la Capital..."

Cuando Gil Fortoul llegó a Caracas, estaba en todo su esplendor el "despotismo ilustrado" de ese gran civilizador, Pericles de la República, Antonio Guzmán Blanco; y Gil Fortoul, en esos días de fogosa juventud es de los que combaten en la Universidad, en la tribuna y en la prensa diaria, la autocracia napoleonterceresca del por mil títulos *Ilustre Americano*. En los días conmemorativos del centenario del natalicio del Libertador, Gil Fortoul triunfa en un certamen literario y le toca recibir, de manos del propio Guzmán Blanco, que no hacía mucho le había encerrado en la *Rotunda*, el galardón, que en buena lid, había conquistado.

embargo, nunca esclareció ni en libros, periódicos ni revistas la fecha exacta de su nacimiento, porque gustaba que tanto Barquisimeto como El Tocuyo y Carache disputasen, como las ciudades griegas con Hornero, atribuyéndose cada una ser la ciudad de su natalicio.

² Colección completa de *El Ciudadano*, en poder de Cova.

Vientos de renovación soplaban entonces por las aulas universitarias. Al decir del mismo Gil Fortoul, el espíritu reformista de Vargas y Cajigal, aletargado por mucho tiempo, comenzaba a despertarse. Surgía el naturalismo científico de Adolfo Ernst, divulgador de Darwin; la filosofía positivista de Rafael Villavicencio y el humanismo de Elías Rodríguez. En las ciencias históricas y sociales, desde Francia, señalaban nuevos rumbos, las teorías de Augusto Comte, Ernesto Renan e Hipólito Taine.

Junto con Luis Razetti, Lisandro Alvarado, Alfredo Jahn y David Lobo, Gil Fortoul forma parte del grupo de jóvenes universitarios, que con un nuevo concepto de la ciencia que se funda en los hechos y en la experiencia, pugnaban por arrinconar de una vez, el tradicionalismo dogmático de los viejos maestros. Ese mismo grupo, después de haber escuchado de labios de Ernst la exposición de la novedosa teoría del Transformismo y de los de Villavicencio, las secuencias del nuevo evangelio comteano, al atardecer, congregábase en torno a la figura patriarcal de Cecilio Acosta, en la humilde casita del barrio de Santa Rosalía para oír las admoniciones que contra la dictadura de Guzmán Blanco, formulaba aquel dulce apóstol de la vida sin manchas.

"Desde entonces —ha dicho el mismo Gil Fortoul— escribir y hablar fue mi destino."

Cordialmente os invito, a seguir conmigo, a grandes rasgos, el itinerario de la vida y la obra del escritor eminente: fruto de su primer viaje a Europa son sus *Recuerdos de París*, libro editado en Barcelona de España en 1887.³ Luego, el siguiente año, aparece su novela *Julián*, editada en Leipzig. Esta novela, de ambiente madrileño y casi autobiográfica, sin ser en el género una obra maestra, señaló sin embargo, la iniciación de un renovador espíritu en las letras venezolanas. Tras de *Julián* vendrán después, *Peonía* de Manuel Vicente Romero-García y *Todo un Pueblo* de Miguel Eduardo Pardo, que triunfalmente abren el ciclo de la novela en Venezuela.

A partir de esa época, Gil Fortoul alterna entonces la novela con sesudos ensayos de ciencias políticas y sociales, y después de dos nuevas tentativas, *¿Idilio?* y *Pasiones*, novelas de ambiente nacional y de acentuadas tendencias revolucionarias, en las cuales encuadra aspectos interesantísimos de los últimos años de la autocracia de Guzmán Blanco, comprende a tiempo que no es ciertamente la novela, a la que se ha inclinado por diletantismo, lo que habrá de abrirle las puertas de la celebridad. Dando las espaldas al pasado, y habiendo hecho ya suya la divisa de D'Annunzio, "rinovarse o moriré", dedícase del 90 al 96 a los severos y disciplinados estudios jurídicos, históricos y sociales. La precisión y elegancia con que exponía el origen y evolución social de Venezuela aplicando nuevos métodos en la interpretación de nuestros fenómenos histórico-políticos, le conquistaron bien pronto amplio y merecido renombre, tanto en América como en Europa.

³ No es labor para ser encerrada en los estrechos moldes de un discurso académico, seguir al doctor Gil Fortoul en toda su vasta y varia obra de escritor, de allí que nos limitemos a señalar solamente algunos de los aspectos más interesantes de su poliédrica personalidad. He aquí su bibliografía: *Infancia de mi Musa*, Barquisimeto, Imp. Escobar, 1879; *Recuerdos de París*, Barcelona, 1887; *Julián*, Leipzig, 1888; *Filosofía Constitucional*, París, 1890; *Filosofía Penal*, Bruselas, 1891; *El Humo de mi Pipa*, París, 1891; *La Esgrima Moderna*, Liverpool, 1892; *¿Idilio?*, Liverpool, 1892; *Pasiones*, París, 1895; *El Hombre y la Historia*, París, 1896; *Historia Constitucional de Venezuela*, 2 vols., Berlín, 1909; *Discursos y Palabras*, Caracas, 1915; *De Hoy para Mañana*, Caracas, 1916; *Sinfonía Inacabada y Otras Variaciones*, Caracas, 1931.

Pensadores españoles de la talla mental de Gabriel Alomar y Miguel de Unamuno, saludaron entonces sus primeros ensayos sociológicos con cálidas frases de entusiasmo.

Con los doctores Pedro M. Arcaya, Lisandro Alvarado y Ángel César Rivas, fue de los primeros historiadores que renovaron entre nosotros los estudios de las ciencias históricas, que pocos años después, iban a tener, también, un representante de la estirpe de Laureano Vallenilla Lanz, el vigoroso y combativo sociólogo de *Críticas de Sinceridad y Exactitud*. El clasicismo elegante y seductor de Baralt, el romanticismo de Juan Vicente González y Felipe Larrazábal, la grandilocuencia de don Laureano Villanueva y don Eduardo Blanco, la poética y amena narración de Arístides Rojas, abrían paso ahora al análisis frío sobre nuestros grandes acontecimientos, dentro de la hermenéutica de la ciencia positiva.

Los nuevos rumbos trazados por Comte, Taine, Renan y Spencer, en la interpretación de los fenómenos históricos y sociales, tuvieron en Gil Fortoul, un acabado y fogoso divulgador; y ya consagrado por entero al esclarecimiento de los orígenes y formación de la nacionalidad venezolana, gestó durante su larga permanencia en Europa, su monumental *Historia Constitucional de Venezuela*. El riguroso método científico, el equilibrio y exactitud de los juicios, la diafanidad de pensamiento, su estilo inimitable y su peculiar y característica manera, de interpretar, dentro de la ciencia positiva, nuestro medio social, político y económico, todo contribuyó a hacer del libro de Gil Fortoul, la historia clásica de Venezuela.

Como historiador, nunca fue, ni pudo serlo como hombre de ciencia, escritor de "profesiones de fe"; y muy cuerdamente pensaba que la verdad de hoy —verdad aparente o relativa—, bien podría ser el error de mañana. De sobra sabía él, que, en las investigaciones históricas nada hay definitivo, porque la Historia, como toda ciencia, vive de rectificaciones.

Cuando disentía de las ideas, teorías y sistemas de su compañeros de Academia, las discutía en el más sereno y refinado ambiente de ecuanimidad, tratando de poner siempre en sus observaciones, la pulcritud de su guante blanco. Tal aconteció ante la tesis sustentada por su colega don Laureano Vallenilla Lanz, cuando este doctísimo historiador y sociólogo, trató de demostrar, abroquelado también en su formidable dialéctica, que nuestra guerra de independencia, "fue una guerra civil".

Gil Fortoul con su acostumbrada elegancia de "gentleman", se limitó a sonreír volterianamente frente a la rotunda afirmación del sociólogo del "Cesarismo", y con una mesura y suavidad ejemplares, advirtió, que según su modo de ver y de apreciar ese acontecimiento, la guerra de independencia "evidentemente fue desde 1811 una guerra internacional, de la nueva nacionalidad americana, aunque todavía en formación, contra la nacionalidad representada por la tradicional monarquía española..."⁴

Consideró ilusión ver, en las repúblicas americanas, una simple prolongación de España, y hablar de raza hispánica, de alma hispánica aplicando semejantes términos a una supuesta unidad orgánica, política y moral que no existió nunca. También calificó de "ilusión" pensar que por servirse de una misma lengua España y América tengan o vayan a tener el mismo desarrollo intelectual: "con la lengua habrá siempre —apuntaba— una cultura hispanoamericana; pero cultura que en América tendrá siempre carácter especial

⁴ *Historia Constitucional de Venezuela*, Prefacio a la segunda edición, tomo I, Editorial Sur-América, Caracas, 1930.

como combinación varia de hispanismo, indianismo y cosmopolitismo". También consideró error convertir al Libertador en "genio representativo de la raza". "¿De cuál raza?", preguntó alguna vez.⁵

Con respecto a la condición étnica del pueblo venezolano, pensaba como Bolívar, quien categóricamente asentó, que "el venezolano no es el español, ni el indio, ni el negro; y que es imposible asegurar a qué familia humana pertenecemos".⁶

Para Gil Fortoul, al correr de tres siglos, se ha venido formando acá otro hombre individual y colectivo; otro hombre, venezolano *típico*, bajo los aspectos orgánico, social, político, moral e intelectual, del que en repetidas ocasiones se pudieran señalar ejemplares representativos. En este venezolano cuyo tipo por descontado, no es común todavía se mezclan y compenentran razas y mentalidades de origen diferente. Es descendiente a un tiempo: de indio indómito (de un Guaicaipuro, un Guaricurián); de conquistador español del siglo XVI (un Juan de Villegas y su mujer Ana Pacheco); de alemán vasallo de Carlos V (un Federmann, un Hutten); de africano excepcional entre los tristes esclavos de la costa de Guinea (algo así como Miguel de Buría) pero menos imitador servil de las instituciones de sus amos; de inglés compatriota de Walter Raleigh y favorito de la reina Elizabeth; de francés enciclopedista y jacobino del siglo XVIII y progenitor o precursor de otros hombres representativos en democracias no previstas.⁷

Como etnólogo y como sociólogo pensaba que "no solamente la raza contribuye a la grandeza de los pueblos, sino que también es necesario tomar en cuenta las condiciones sociales en que se hallan". Negó rotundamente la teoría definida por algunos sabios alemanes, precursores de Adolfo Hitler —Ammon, entre otros— de que "nuestra actual civilización sea la resultante exclusiva del predominio de la raza aria", cuando es bien sabido que las razas humanas puras son un mito y que la misma raza *germánica*, no es otra cosa que la mezcla de elementos étnicos diferentes. Creía, pues, con su acostumbrado optimismo, en contra de los principios sostenidos por los paladines del nacional-socialismo alemán "—de que es la cantidad de sangre aria la que determina el rango de cada pueblo en la vida civilizada—" en la posibilidad de que también otras mezclas raciales pudieran ser capaces de acrecentar la civilización.⁸

Como teorizante y tratadista político, soñó noble y generosamente para nuestro país, en los comienzos de su brillante carrera pública, con un gobierno parlamentario, semejante al inglés o al francés, con un gabinete responsable ante las Cámaras y un Jefe de Estado, que ejercitara en nombre de la Ley, la virtud noble de *gobernar* y no se dedicara a *mandar* gamonalmente, sin acertar nunca a saber lo que es *gobierno*.

Pero al regresar de Europa, puesto frente a frente con la realidad político-social venezolana, pudo darse perfecta cuenta, como lo recordara al hacer su panegírico ante su cadáver, su ilustre colega doctor Pedro M. Arcaya, de que nuestro medio social no había evolucionado lo suficiente como para darse tal forma de Gobierno, ya que desgraciadamente no existían en el país, ni la paz permanente requerida, ni los componentes, que al decir de José Martí, "hacen llegar por métodos e instituciones nacidos

⁵ *Ibidem*.

⁶ *El Hombre y la Historia y Otros Ensayos*, Edit. Cecilio Acosta. 3ª ed., Caracas, 1941.

⁷ *Historia Constitucional de Venezuela*. Prefacio cit.

⁸ Notas sobre Antroposociología, en *Sinfonía Inacabada y Otras Variaciones*. Edit. Sur-América, Caracas, 1931.

del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo".⁹

"El patriotismo —gritó alguna vez a la conciencia pública venezolana—, no consiste en silenciar o disculpar los errores nacionales, sino en evidenciarlos todos, para corregirlos o para evitar que se repitan..."

Como publicista honrado, tanto en el campo de la Historia, de la Sociología y de la Política, mantuvo siempre presente, la máxima de Spencer: "Todo autor que considere una teoría verdadera e importante, tiene el deber de pro-pagarla, sin preocuparse de los resultados, cualesquiera que ellos fuesen..."

Adversario de la organización de partidos políticos en nuestro país, con absoluta sinceridad y buena fe, escribió, precisamente en momentos de caldeadas pasiones partidistas: "Los partidos son siempre y en todas partes, efecto de largas luchas y de largas tradiciones colectivas que van depositando en los entendimientos y en los corazones un fondo común de ideas y sistemas, de pasiones y de odios. Para formar partidos nacionales no basta la sola voluntad de unos cuantos propagandistas, sino que nacen espontáneamente y se desarrollan fuera de todo cálculo ideológico y con el concurso de un sinnúmero de circunstancias que no es dable a la voluntad humana, crear de súbito...". Y con profundo conocimiento del medio social venezolano, díscolo, anárquico, disolvente, pensaba y predicaba, que el ideal político de nuestra República estaba "en generalizar y arraigar los hábitos legales, ya que se hacía difícil creer que a realizarlo contribuiría la formación de partidos, cuyo resultado inmediato sería entregar la vida nacional a las intrigas de los politicastos, que reducen la política al arte de idear teorías, casi siempre absurdas, para triunfar con ellas y satisfacer así, o el apetito de mando o la ambición de renombre personal... Para prever las soluciones posibles de todos nuestros problemas sociales, económicos y administrativos, será preciso evitar cuanto divida a los ciudadanos en bandos políticos o sectas irreconciliables y facilitar, en todo caso, los medios de armonizar en el Gobierno, *las mejores voluntades y el mayor número de entendimientos ilustrados...*"¹⁰

Aconsejó siempre, pero la mayoría de las veces predicó en el desierto, que nuestros congresos no emplearan su tiempo en formular leyes "a tontas y a locas"¹¹ sino que su función más bien debería reducirse "a redactar la ley que ya existiese en el cuerpo social", es decir, que fuera legítima expresión de nuestra psicología, de nuestra realidad social y de nuestro medio económico... Aspiró pues, lo mismo que el Libertador en Angostura, a que tuviésemos un Código de leyes venezolanas, y que, todavía, todos estamos esperando.

En efecto, a muchas de las leyes nuestras, muy bien podrían aplicárseles en nuestros días, los mismos severos conceptos que Bolívar tuvo para las leyes grancolombianas, en 1828, esto es, que "parecen hechas del acaso; carecen de conjunto, de método, de clasificación, de idioma legal; son opuestas entre sí; confusas, a veces innecesarias y aún contradictorias a sus fines..."¹²

Patrióticamente aspiró Gil Fortoul, y en repetidas ocasiones, en el libro, en la prensa, en la cátedra, en la tribuna, a conjurar ese *mare magnum*, que se observa en nuestra legislación, pero nuestra tradicional indiferencia hizo naufragar sus mejores intenciones. En

⁹ JOSÉ MARTÍ, *Nuestra América*, Edit. Losada, Buenos Aires.

¹⁰ *El Hombre y la Historia*

¹¹ Conferencia dictada en la Escuela de Ciencias Políticas de Caracas. El Nuevo Diario, 29 de octubre de 1917.

¹² Mensaje del Libertador a la Convención de Ocaña.

sus últimos años, al evocar su fracaso, solía refugiarse en el hemistiquio de Horacio: *Adhuc sub iudice lis est*.

Acariciaba como ideal político para nuestro país "que la obra de los pueblos fuese superior a la de los gobiernos", la iniciativa privada marcando rumbos a la iniciativa gubernamental, y que "la evolución o progreso social, precediese siempre a la evolución política o al progreso legislativo...". Pero para lograr ese ideal, en concepto suyo, entraban en juego diversos factores y muchas veces circunstancias imprevistas, de allí que la suerte de los pueblos como la de los individuos dependa muchas veces del acaso. Para acercarse lo más posible a ese ideal político-social, señalaba como medio fácil de realizar "acrecentar la inmigración de otras razas, igualmente o más civilizadas, pues esa sola circunstancia podría determinar un movimiento acelerado hacia las perfecciones sociales y políticas, que en todas partes sueñan los poetas, prevén los filósofos y presienten los pueblos. Con la escasa población actual — ¡esto lo escribía en 1896!— diseminada en territorios inmensos, nuestra patria arriesgaría —como lo está arriesgando hoy— de quedarse rezagada en el progreso de la civilización universal".¹³

Esa sola circunstancia, el factor población, prevista por Gil Fortoul desde hace cincuenta años, ha sido en otros países, como Argentina, Chile, Uruguay y Brasil, la resolución de problemas políticos, sociales y económicos, que nosotros los venezolanos, tenemos planteados y que, por incapacidad o por indiferencia, estamos todavía por resolver desde hace más de un siglo.

Orador parlamentario, fogoso militante en la arena política, teorizante revolucionario, *causeur*, deportista, diplomático, trotamundos, diarista, historiador, penalista, sociólogo, polemista, etnólogo, novelista, poeta, todo lo fue y en su varia actividad de hombre público y mundano, trató de salvar siempre de todos los naufragios en la lucha por la existencia su *arte de embellecer la vida*. En este aspecto, fue un verdadero sibarita, y de haberle tocado actuar en otro medio social, con más vasto escenario, habría sido en su tiempo un Disraeli o un Arístides Briand.

En sus gustos y en sus aficiones, fue un aristócrata, vale decir, un verdadero espíritu de selección.

Viajero universal, las grandes capitales europeas le brindaron la enseñanza fecunda de milenarias civilizaciones: París, Londres, Roma, Berlín, Bruselas, Madrid, Viena, Lisboa, La Haya, Budapest, Constantinopla, vieron cruzar por sus cancillerías, avenidas, museos, academias, bibliotecas, la figura de este criollo venezolano, cuyo espíritu universalista iba a encarnar entre nosotros, todas las inquietudes intelectuales de su época. Su desdeñosa aristocracia de *Gentleman*, imprime a su vida y a su obra, el sello característico de su original personalidad. Su afán de explorar lo desconocido lo lleva hasta los ardientes arenales africanos, done jinete audaz, en brioso corcel árabe, galopa entre beduinos frente al milagro de piedra de las legendarias Pirámides.

Como el *Fradique*, de Eça de Queiroz, no viajaba como el insulso turista que solamente se detiene a contemplar los defectos y fealdades de ciudades y paisajes. Muy otra era su concepción de la estética, y él también como el *Sidarta-Gautama* del poema de Tagore, sabía descubrir la inefable y terna belleza de unos dientes blanquísimos, en la carroña de un pobre animal muerto.

En perfecta semejanza con el ideal personaje creado por Queiroz —sin haber nunca intentado copiarlo— fue Gil Fortoul uno de los más acabados arquetipos de nuestra

¹³ *El Hombre y la Historia*, conclusiones.

civilización. Nadie como él estuvo tan admirablemente dotado para triunfar en el arte y en la vida. Caminaba en sus buenos tiempos hasta cinco leguas sin parar; la rosa de su ojal era siempre la más fresca; vencía en regatas famosas a los más diestros remeros de Oxford; y de noche en un salón, con su frac de Cook y una perla negra en el esplendor de la pechera, sonreía a las mujeres con el mismo encanto y prestigio con que sonriera antes, a los peligros, a las fatigas y a la muerte. Manejaba las armas como un caballero de Saint-George; se batía en duelo en París con Enrique Gómez Carrillo ¡escribió hasta un Tratado de Esgrima!-; poseía las nociones más recientes y más ciertas sobre Física, Astronomía, Fisiología y Metafísica. Era una enseñanza, una lección de alto gusto, verlo en su vida privada o ya de viaje, entre maletas de cuero de Rusia, los grandes cepillos de plata labrada, bebiendo sorbos de té o *cognac*, o bien dictando casi siempre, a una rubia y monísima secretaria, telegramas que muchas veces iban a llevar noticias suyas a los *boudoirs* de París o Londres; y después de todo esto, cerraba las puertas al mundo para leer a Sófocles.

Sostenía que momentáneamente por principio, se debía creer para comprender bien una ciencia. Así se habría hecho babista, para penetrar y desentrañar el babismo; se hubiese afiliado a cualquier club revolucionario, encogido en una chaqueta sórdida de obrero, con la esperanza de recoger allí “la flor de alguna extravagancia instructiva”; o bien, se hubiese incorporado en París o Londres, a los positivistas rituales que en los días festivos del calendario comtista iban a quemar el incienso y la mirra de la Humanidad y a adornar con rosas la efigie de Augusto Comte.¹⁴

Ironista, su buen humor británico más de una vez urdió chistes y epigramas jocundos, en torno a sus colegas del Gabinete y del Parlamento. En cierta jira por los Llanos, un caballejo que parecía débil y anémico le propinó un par de coces en un corral de Ortiz que por poco acaban allí mismo con su carrera parlamentaria. Por la noche, ya de regreso en Villa de Cura, alguien preguntó: “—¿Es verdad que al Senador fulano, un Diputado le dio una patada?” A lo que respondió Gil Fortoul desde una mesa cercana: “—No fue precisamente un Diputado: fue un animal más noble”.¹⁵

La belleza pura y eterna la buscaba y encontraba en todas partes, y hasta en las cosas más insignificantes; y no fueron nunca para él más bellos los paisajes clásicos de Fiésole, San Miniato de Florencia, o los del mar azul de Sorrento, que los incomparables crepúsculos de Barquisimeto, Macuto o San Juan de los Morros.

En el doliente crepúsculo de sus últimos días —¡cómo recordaba al *Rey Lear* de Shakespeare!— se complacía en evocar su vida en las grandes capitales europeas, con un suave dejo de saudades: en París había sido amigo y comensal de Raymond Poincaré, Léon Blum y Arístides Briand; en el Instituto Internacional de Sociología, del que fue miembro-fundador, sentábase al lado de Barthou; en el Tribunal Internacional de La Haya, había estrechado la diestra de Enrique Ferri y dialogado con él sobre principios de ciencia positiva; con el marqués de Castellane, el famoso “Boni” de los aristocráticos salones de Lutecia, había cabalgado sobre brioso *hunter* irlandés por las avenidas del bosque de Boulogne; en Londres había sido amigo de Lord Edward Grey, de Balfour y de Arsquit; en el Castillo de Windsor había besado las manos temblorosas de la reina Victoria y entre todas las damas de la *City* guardaba frescos recuerdos de Lady Vera Terrigton, cuya fotografía con autógrafo, blasonaba su despacho.

¹⁴ Eça de Queiroz, *Glosa de Fradique Méndez*.

¹⁵ *El Arte de embellecer la Vida*, en *Sinfonía Inacabada*.

También en París había sido de los frequentadores galantes de Ana Elizabeth, Princesa de Brancovan, Condesa de Noailles, y en sus mismos áureos salones había charlado en el más puro francés con Paul Valéry y Marcel Proust, tocándole una vez escuchar de labios de la condesa excelsa, aquella su célebre *Elegía*, ante el asesinato de Jean Jaures.

Escudado en *Aracil*, el personaje autobiográfico de su primera novela, confesaba que "desde niño estuvo siempre rodeado de cosas bellas" y que su vida había sido una "sinfonía", ahora ya, definitivamente concluida. Que "casi siempre anduvo pobre, porque el dinero se le deslizaba entre los dedos de las manos como si fuera agua o tamizado polvo de oro...".

Y esa confesión era cierta: cuando don José Gil Fortoul descendió de la Presidencia de la República, y después de haber sido con anterioridad, Ministro de Estado, Presidente del Congreso, Ministro en Alemania, Holanda, no tenía más bienes de fortuna que una modesta biblioteca, su inseparable perro lobo, su pipa y su monóculo...!

Vivió en Caracas sus días postreros con la dignidad y el decoro de un estoico. Una tarde, la víspera de cerrar sus ojos para siempre, al encontrarlo en los corredores de la Academia, charlando con su fiel amigo de todos los días, su ilustre colega, don Pedro Emilio Coll, ¡me dio la impresión de que contemplaba a un dios envejecido, expulsado del Olimpo!

En su vida, como en todo nuestro pobre barro humano, hubo errores y flaquezas; pero ante sus yerros, también podría repetirse, y con toda propiedad, la frase famosa con que Anatole France abofeteó a los detractores del viejo Hugo: "¡Nada deshonra a los dioses!". Aspiró a morir de manera trágica: en plena vía pública, frente la vida activa; o bien, atravesando un río, galopando sobre un "pura sangre", o como un héroe griego, de una tragedia de Esquilo, fulminado por un rayo. Así casi murió: ¡un síncope cardíaco, al amanecer del 15 de junio de 1943, súbitamente le paralizó el corazón...!

Venezolano integral, dentro de su cosmopolitismo tradicional, lo mismo en Caracas que en Londres, París, Berlín o Nueva York, fue un criollo auténtico, representativo en todas partes de la Nacionalidad y de la Patria; exponente genuino, con todos sus vicios y virtudes, de esta tierra venezolana, a la que amó, como Dante a Florencia, desesperadamente, y a la que legó, glosando una frase suya sobre el Libertador, dos cosas perdurables: ¡el ejemplo de su vida y el resplandor de su obra!

Honorables Académicos.